las y de saetas, aumentos que se debian á los socorros venidos aquel año de España y de las Antillas. Reanimó el valor de sus tropas con un discurso semejante al que les habia dirigido en su salida de Tlaxcala. Envió mensajeros á esta república, á Cholula, á Huexotzinco y á otras ciudades, dándoles parte de estar ya terminada la obra de los bergantines, y rogándoles que enviasen dentro de diez dias cuantas tropas escogidas pudiesen, por ser ya llegada la ocasion de poner asedio á la soberbia ciudad que por tanto tiempo los habia esclavizado. Cinco dias ántes de la fiesta de Pentecostés, llegó á Texcoco el ejército tlaxcalteca, que constaba, segun afirma el mismo Cortés, de mas de cincuenta mil hombres, bajo el mando de muchos gefes famosos, entre los cuales venian Xicotencatl el jóven, y el valiente Chichimecatl, á cuyo encuentro salió Cortés con toda su tropa. Las de Huexotzinco y Cholula pasaron por el otro lado de los montes, segun la órden que se les habia dado. En los dos dias siguientes acudieron nuevos refuerzos de Tlaxcala y de otros pueblos circunvecinos, los cuales con las huestes ya mencionadas formaban un total de mas doscientos mil hombres, como testifica su gefe Alfonso de Ojeda.

DISTRIBUCION DEL EJERCITO EN EL ASEDIO DE LA CAPITAL.

El lúnes de Pentecostés, 20 de mayo, reunió Cortés su gente en la plaza mayor, para dividir su ejército, nombrar los comandantes, señalar su puesto á cada uno y las tropas de su mando, y para reiterar las órdenes que habia dado en Tlaxcala. Mandó á Pedro de Alvarado que acampase en Tlacopan, para impedir que entrasen por allí socorros á los Mexicanos, y le dió treinta caballos, ciento sesenta peones españoles, distribuidos en tres compañías, con otros tantos capitanes, y veinticinco mil Tlaxcaltecas, con dos cañones. Cristobal de Olid fué creado maestre de campo, y gefe de la division destinada á Coyohuacan, teniendo á sus órdenes treinta y tres caballos, ciento sesenta y ocho peones españoles, con tres capitanes, dos cañones, y veinticinco mil aliados. A Gonzalo de Sandoval fueron dados veinte y cuatro caballos, ciento sesenta y tres peones españoles, con dos capitanes y dos cañones, y los aliados de Chalco, Huexotzinco y Cholula, que eran mas de treinta mil hombres: le mandó Cortés que fuese á destruir la ciudad de Iztapalapan, y que acampase en aquellas inmediaciones, desde las cuales creyó que le seria mas fácil apretar mas y mas á los Mexicanos. Cortés, á pesar de las instancias que le hicieron sus capitanes y soldados, tomó el mando de los bergantines, porque opinaba que en ellos era mas necesaria su presencia. Dividió entre los trece bergantines trescientos veinticinco españoles, y trece falconetes, señalando á cada bergantin un capitan, doce soldados y otros tantos remeros: así que, todo el ejército destinado á empezar el asedio, constaba de novecientos diez y siete españoles, y mas de setenta y cinco mil hombres de tropas auxiliares (1), cuyo número se aumentó, como despues veremos, hasta doscientos mil y mas. Todas las otras tropas que habian venido á Texcoco, ó permanecieron allí para acudir donde fuese necesario, ó volvieron á sus pueblos, que por estar próximos á la capital, les proporcionaban la facilidad de hallarse prontas al primer llamamiento.

(1) Herrera y Solis cuentan 100.000 aliados, distribuidos en tres campamentos: Bernal Diaz no cuenta mas de 24.000, en tres campamentos de 8.000 cada uno. Yo doy mas crédito á Cortés, que debia estar mejor informado en estos pormenores. Solis dice que Bernal Diaz se queja muchas veces de que los aliados les deban mas estorbo que ayuda: es falso, ántes bien elogia su valor, y habla de las ventajas que sacaron de ellos los españoles. "Los Tlaxcaltecas nuestros amigos, dice en el cap. 151, nos ayudaron bastante bien en aquella guerra, como hombres animosos." Toda su historia está llena de semejantes espresiones, como lo están las cartas de Cortés, y las narraciones de los otros historiadores. Lo que únicamente dice Bernal Diaz, es que en la retirada de Tlacopan los aliados estorbaron á los españoles; mas esto sucede siempre que un ejército se retira por un camino estrecho.

SUPLICIO DE XICOTENCATL.

Partieron juntos de Texcoco Alvarado y Olid con sus tropas, para ocupar los puestos que les habia señalado el general. Entre los principales Tlaxcaltecas que acompañaban á Alvarado, se hallaban Xicotencatl el jóven, y su primo Pilteuctli. Este, en una disputa que sobrevino, fué herido por un español, el cual, no haciendo caso de las órdenes de Cortés, ni del respeto debido á aquel personaje, pudo con su imprudencia ocasionar la desercion de los Tlaxcaltecas. Estos se resintieron amargamente de aquel ultraje, é hicieron algunas demostraciones de enojo. Procuró apaciguarlos Ojeda, y permitió á Pilteuctli que fuese á curarse á su patria. Xicotencatl, á quien, tanto por su dignidad como por su parentesco, era mas sensible que á ningun otro aquella injuria, no hallando entónces otro modo de vengarla, abandonó ocultamente, y con otros compatriotas el ejército, y tomó el camino de Tlaxcala. Alvarado dió parte de este suceso á Cortés, y este mandó á Ojeda, que alcanzase y prendiese al fugitivo. Cuando lo tuvo en su poder, mandó ahorcarlo públicamente, ó en la misma ciudad de Texcoco [1], segun dicen Herrera y Torquemada, ó en un sitio inmediato, como afirma Bernal Diaz, habiéndose pregonado ántes el motivo de su sentencia, que era el haber desertado, y procurado sublevar á los Tlaxcaltecas contra los españoles. Es probable que Cortés no se aventuraria á tan peligrosa accion, sin haber ántes obtenido el consentimiento del senado, como asegura claramente Herrera; lo que no era dificil, en vista de la severidad con que castigaban los delitos aun en las personas mas ilustres, y del odio particular con que miraban á aquel príncipe, cuyo orgullo les era insufrible. Tan ruidoso escarmiento, que hubiera debido naturalmente escitar los ánimos de los Tlaxcaltecas contra los españoles, los amedrentó en tales términos, y á los otros aliados, que desde entónces observaron mas puntualmente las leyes de la milicia, y se mantuvieron mas subordinados á aquellos gefes estranjeros. Así es como estos sacaban fruto de sus mismos errores. Sin embargo, los Tlaxcaltecas hicieron muchas demostraciones de la estima y veneracion que tenian á su príncipe: lloraron su muerte, distribuyeron entre sí, como preciosas reliquias, sus vestidos, y es de creer que celebrasen con la debida magnificencia sus exequias. La familia y los bienes de Xicotencatl se adjudicaron al rey de España, y fueron enviados á Texcoco: en la familia habia treinta mugeres, y en los bienes una gran cantidad de oro.

(1) Cortés no hace mencion del suplicio de Xicotencatl: quizá tendria sus razones para pasarlo por alto. Bernal Diaz afirma que aquel gefe marchó á Tlaxcala, para apoderarse del estado de Chichimecatl, miéntras este se hallaba en la guerra; mas esto es inverosímil. Hay autores que atribuyen su fuga al amor: yo sigo en la relacion de este suceso á Torquemada y á Herrera, porque se guiaron por los MS de Ojeda y Camargo, que tenian datos seguros. Solis crée imposible que Xicotencatl fuese ajusticiado en Texcoco, "porque hubiera sido demasiado arriesgado el resolverse Cortés á tan violenta ejecucion, á vista de tan gran número de Tlaxcaltecas, á quienes debia necesariamente ser muy sensible tan ignominioso castigo en uno de los principales hombres de su nacion." Pero mucho mas se espuso Cortés aprisionando al rey Moteuczoma en su misma capital, y en presencia de un número incomparablemente mayor de Mexicanos, que tan mal debian llevar aquella injuria hecha á su monarca. Si en la conquista de México no se vieran otros hechos igualmente temerarios, quizá seria fundada la conjetura de Solis: ademas de que, segun Herrera, Cortés procedió con el beneplácito del senado, y yo no dudo que la sentencia se publicaria á nombre de este.

PRINCIPIO DEL ASEDIO DE MEXICO.

Alvarado y Olid continuaron su marcha hácia Tlacopan, de donde pasaron á romper el acueducto de Chapoltepec, para cortar el agua á los Mexicanos; mas no pudieron ejecutar tan importante empresa, sin gran resistencia de los enemigos, los cuales previendo aquel golpe, habian hecho por agua y por tierra, muchos preparativos de defensa. Fueron sin embargo vencidos, y los Tlaxcaltecas, que los persiguieron, les

mataron veinte hombres, y les hicieron siete ú ocho prisioneros. Dado felizmente este primer paso, resolvieron aquellos caudillos ir por el camino de Tlacopan, y apoderarse de algun foso; pero fué tan grande la multitud de Mexicanos que se les opuso, y tan formidable la nube de dardos, flechas, y piedras que les tiraron, que mataron ocho españoles, é hirieron mas de cincuenta, y estos no pudieron sin gran dificultad retirarse á Tlacopan, á donde llegaron avergonzados, y donde Alvarado fijó su campo, segun las órdenes de Cortés. Olid marchó á Coyohuacan el 30 de mayo, que en aquel año fué dia del Corpus, y en él empezó, segun el cómputo de Cortes, el asedio.

Miéntras Alvarado y Olid se empleaban en rellenar algunos fosos de las orillas del lago, y en allanar algunos pasos, para comodidad de la caballería, Sandoval, con el número de españoles que ya hemos dicho (1), y con mas de treinta y cinco mil aliados, salió de Texcoco el 31 de mayo, con el designio de tomar por asalto la ciudad de Iztapalapan, en cuya operacion estaba fuertemente empeñado Cortés. Entró en ella haciendo terrible estrago, con el fuego en las casas, y con las armas en los habitantes, los cuales despavoridos, procuraron salvarse en las barcas. Cortés, para atacar al mismo tiempo la parte de la ciudad que estaba sobre el agua, despues de haber sondeado todo el lago, se embarcó con toda su gente en los bergantines, y navegó á vela y remo hácia Iztapalapan. Dió fondo cerca de un montecillo aislado, poco distante de aquella ciudad, cuya cima estaba coronada por muchos enemigos resueltos á defenderse, y á ofender á los españoles cuanto les fuese posible (2). Desembarcó el general español, y superando con ciento y cincuenta hombres la aspereza de la subida, y la resistencia de los contrarios, se apoderó del monte, dando muerte á cuantos lo defendian [1]. Pero apénas hubo logrado este triunfo, vió venir contra su escuadra, una numerosísima de barcas [2] que acudieron á las humaredas hechas, tanto en el monte como en algunos templos de las cercanías, cuando vieron aproximarse los bergantines. Embarcáronse inmediatamente los españoles, y se mantuvieron inmoviles, hasta que ayudados por un viento fresco, que se levantó oportunamente, y aumentando la velocidad de los bergantines con el impulso de los remos, pasaron por entre las barcas, rompiendo algunas, y echando otras á pique. De los enemigos murieron muchos heridos por los remos, ó ahogados. Todas las otras barcas huyeron perseguidas de los bergantines, por espacio de mas de ocho millas, hasta guarecerse en la capital.

Inmediatamente que vió Olid, desde un templo de Coyohuacan, la refriega de la escuadra, marchó con sus tropas en órden de batalla, por el camino de México, tomó algunos fosos y trincheras, y mató muchos enemigos. Cortés por su parte recogió aquella noche los bergantines, y se dirigió con ellos á atacar el baluarte situado en el ángulo que formaba el camino de Coyohuacan con el de Iztapalapan. Atacólo en efecto por agua y tierra, y á pesar de la intrepidez con que lo defendió la guarnicion mexicana, se hizo dueño del punto, y con sus dos grandes cañones de hierro, causó horrendo

(1) Solis dice que Sandoval y Olid salieron juntos de Texcoco, pero confundió á Sandoval con Alvarado.

(2) En la cima de aquel montecillo fabricó Solis una *fortaleza muy* capaz: digo que la fabricó, porque semejante dato no se halla en ningun historiador. El mismo Cortés, que pondera su victoria, solo habla de unas trincheras.

[1] Solis dice que Cortés concedió la vida á la mayor parte de los que defendian el montecillo; pero Cortés asegura que ni uno solo de ellos escapó. Este monte se llamó desde entónces el peñon del Marques, en memoria del aquella accion.

(2) Bernal Diaz dice que la escuadra que atacó á Cortés se componia de todas las barcas que habia en México y en todos los pueblos del lago, mas esta es una hipérbole descabellada. Solis afirma que constaba de cuatro mil canoas; pero Cortés, que tenia mas interes que Solis y Bernal Diaz en exagerar el número de las barcas, para dar mas realce á su victoria, solo cuenta quinientas.

estrago en la muchedumbre que ocupaba el lago y el camino. Aquel sitio, llamado por los Mexicanos *Xoloc* (1), pareció á Cortés muy ventajoso para fijar sus reales; y en efecto no era fácil hallar uno mas favorable á sus designios, pues desde él dominaba el camino principal, y aquella parte del lago, por donde podian entrar mayores socorros á los sitiados, y ademas el camino de Coyohuacan, que era su comunicacion con Olid. La poca distancia que mediaba entre aquel punto y los campamentos de Coyohuacan y Tlacopan, facilitaba la comunicacion de sus órdenes, y lo ponia en estado de acudir á donde fuese mas necesario su socorro. Finalmente, la proximidad de México contribuia á multiplicar los ataques [2]. Allí reunió Cortés los bergantines, y abandonando la espedicion contra Iztapalapan, formó el designio de dirigir todas sus hostilidades á la capital. Para esto llamó á su campo á la mitad de las tropas de Coyohuacan, y á cincuenta infantes escogidos de las de Sandoval. Aquella noche se oyó venir hácia el campamento una gran multitud de enemigos. Los españoles, sabiendo que los Mexicanos no peleaban de noche, sino cuando estaban seguros de la victoria, se amedrentaron al principio; pero aunque recibieron algun daño de los contrarios, los obligaron en fin con las armas de fuego á retirarse. El dia siguiente se vieron atacados por una prodigiosa muititud de guerreros, que con sus espantosos gritos, aumentaban el peligro á la imaginacion de los españoles. Cortés, que ya habia recibido el socorro de Coyohuacan, hizo una salida con su gente, puesta en órden de batalla. El empeño se sostuvo con gran valor y tenacidad por una y otra parte; pero los españoles y sus aliados se apoderaron de un foso y de una trinchera, y con la artillería y los caballos hicieron tanto daño á los Mexicanos, que los obligaron á refugiarse en la ciudad: y porque en la parte del lago que estaba á Occidente del camino, empezaban á molestar á Cortés las barcas enemigas, mandó ensanchar uno de los fosos, á fin de dar paso á los bergantines, los cuales se dirigieron tan impetuosamente á ellas, que las persiguieron hasta la ciudad, y pegaron fuego á muchas casas de los arrabales.

Entre tanto Sandoval, terminada felizmente, aunque no sin gran riesgo, la espedicion de Iztapalapan, marchó hácia Coyohuacan con sus huestes. En el camino lo atacaron las tropas de Mexicaltzinco; pero las derrotó, y quemó su ciudad. Cortés, noticioso de su marcha, y de un gran foso abierto nuevamente en el camino, le mandó dos bergantines para facilitarle el paso. La division de Sandoval se dirigió á Coyohuacan, y él en persona pasó con diez caballos al campo de Cortés. Cuando llegó, estaban los españoles peleando con los Mexicanos. El cansancio del viaje y de la accion de Mexicaltzinco, no bastaron á impedirle tomar parte en el encuentro. Combatió con su acostumbrado valor, y recibió un dardo que le atravesó una pierna. Otros muchos españoles quedaron heridos; mas estas ventajas de los Mexicanos no eran comparables á la pérdida que sufrieron aquel dia, ni al miedo que cobraron al fuego de los cañones. En muchos dias no osaron acercarse al campamento, no obstante lo cual los españoles pasaron seis en continuos encuentros; pues los bergantines no cesaban de girar en torno de la ciudad, pegando fuego á muchas casas. En sus correrías descubrieron un canal grande y profundo, por el cual podian entrar fácilmente en la ciudad: circunstancia de que sacaron despues ventajas importantes.

Alvarado por su parte apretaba cuanto podia á los Mexicanos, apoderándose en fre-

(1) El padre Sahagun dice que Cortés, por medio de ciertos personajes prisioneros, convocó al rey y á la nobleza de México, á un sitio del lago llamado Acachinanco, y copia la arenga que les hizo, esponiéndoles los motivos de la guerra; mas esta reunion ni es verdadera, ni verosímil. Cortés no hubiera omitido un hecho tan notable, siendo minucioso en referir todas sus comunicaciones con los Mexicanos.

(2) Betancourt da á entender que Cortés acampó dentro de la ciudad; lo que está en contradiccion con el mismo general, el cual dice que su campamento distaba media legua de México.

cuentes refriegas, de algunas trincheras y fosos del camino de Tlacopan. Tuvo en estas peleas algunos hombres muertos y muchos heridos. Observó que por el camino de Tepeyacac, situado hácia el Norte, se introducian continuamente socorros en la ciudad, y conoció que por allí podrian escapar fácilmente los sitiados, cuando se hallasen en estado de no poder resistir mas á los sitiadores. Comunicó sus observaciones á Cortés, y este mandó á Sandoval que fuese con ciento y diez y ocho peones españoles, y con grandísimo número de aliados, á ocupar aquel punto, y cortar toda comunicacion con los enemigos. Obedeció Sandoval, aunque molestado por la herida; y habiéndose apoderado sin oposicion del camino, quedó desde entónces impedida toda comunicacion entre México y la tierra firme (1).

PRIMERA ENTRADA DE LOS SITIADORES EN MEXICO.

Ejecutada felizmente aquella medida, determinó Cortés hacer al dia siguiente una entrada en la ciudad, con mas de quinientos españoles, y mas de ochenta mil aliados, dejando diez mil de estos, con alguna caballería, en el campamento. Sandoval y Alvarado debian entrar el mismo tiempo, cada uno por su camino, con las tropas de su mando, que no bajaban de ochenta mil hombres. Marchó Cortés en su direccion con su numeroso ejército, bien ordenado, y flanqueado por los bergantines; mas á poca distancia halló un foso ancho y profundo, y una trinchera de diez piés de alto. Opusiéronse valerosamente los Mexicanos á su paso; pero rechazados por los bergantines, se adelantaron los españoles, alcanzando á los enemigos hasta la ciudad, donde los detuvieron otro foso y otra trinchera. El ímpetu del agua que entraba por el foso, el tropel de enemigos que concurrieron á su defensa, sus gritos espantosos, y la multitud de flechas, dardos, y piedras que arrojaban, suspendieron algun tanto la resolucion de los españoles; pero habiendo finalmente echado de la trinchera á los que la ocupaban con las repetidas descargas de todas las armas de fuego, pasó el ejército, y continuó su marcha, tomando otros fosos y trincheras, hasta una plaza principal de la ciudad que estaba llena de gente. A pesar de los estragos que en ella hacia un cañon que se fijó en la entrada, no se atrevian los españoles á acometerla, hasta que el mismo general, echándoles en cara su ignominiosa cobardía, los impulsó y les dió ánimo. Los Mexicanos, amedrentados al ver tanta intrepidez, huyeron al recinto del templo, donde tambien fueron perseguidos y atacados; pero de improviso lo fueron los españoles en su retaguardia por otras tropas mexicanas, y puestos en tal aprieto, que no pudiendo sostener su empuje, ni dentro del templo, ni en la plaza inmediata, se retiraron al camino por el cual habian entrado, dejando el cañon en poder de los contrarios. De allí á poco entraron oportunamente en la plaza tres ó cuatro caballos, y persuadiéndose los Mexicanos que iba contra ellos toda la caballería, se desordenaron por el miedo que tenian á aquellos grandes y fogosos animales, y abandonaron ignominiosamente el templo y la plaza, que fueron ocupados sin pérdida de tiempo por los españoles. Diez ó doce nobles se habian fortificado en el atrio superior del templo mayor; mas á pesar de su tenaz resistencia, fueron vencidos y muertos. El ejército español en su retirada pegó fuego á las mayores y mas hermosas casas del camino de Iztapalapan, aunque no sin gravísimo peligro, por el ímpetu con que los atacaban los enemigos á retaguardia, y por el daño que les hacian desde las azoteas.

[1] Rebertson dice que Cortés quiso atacar la ciudad por tres puntos diferentes: por Texcoco, al lado oriental del lago; por Tacuba, á Poniente, y por Cuyocan (esto es, Coyohuacan) á Mediodía. "Estas ciudades, añade, estaban colocadas sobre las calzadas principales que conducen á la ciudad, y que estaban hechas para su defensa." Lo cierto es que por la parte de Levante no podia haber calzada alguna, siendo muy profundas allí las aguas. Sandoval se acampó, no ya en Texcoco, en donde era imposible atacar á México, sino en Tepeyacac hácia el Norte.

Alvarado y Sandoval hicieron grandísimos estragos con sus divisiones, y los aliados merecieron aquel dia los elogios del general español.

AUMENTO DE LAS TROPAS AUXILIARES DE LOS ESPAÑOLES.

Crecian diariamente y de tal modo las fuerzas auxiliares de los españoles con nuevos socorros y alianzas de ciudades y de provincias enteras, que no habiendo al principio en sus campamentos mas de noventa mil hombres, en pocos dias llegaron á doscientos cuarenta mil. El nuevo rey de Texcoco, para manifestar á Cortés su gratitud, procuraba conciliarle el afecto de toda su nobleza, y armó ademas un ejército de cincuenta mil hombres, que envió en socorro de los españoles bajo las órdenes de un hermano suyo. Este príncipe, que se llamó en el bautismo D. Cárlos Ixtlilxochitl (1), era un jóven de cuyo valor dan testimonio todos los historiadores antiguos, y especialmente el mismo Cortés, ponderando la oportunidad y la importancia de su auxilio. Cortés lo tuvo en su campo con treinta mil hombres, y los otros veinte mil se dividieron entre Sandoval y Alvarado. A este refuerzo de los texcocanos siguió muy en breve la confederacion de los Xochimilcos, y de los Otomites de los montes con los españoles, de cuyas resultas se agregaron veinte mil hombres mas al ejército.

[1] Cortés lo llama *Istrisuchil;* Solis y Bernal Diaz corrompen mas el nombre, y escriben *Suchil.* Torquemada, en contradiccion consigo mismo, dice que este jóven era Coanacotzin, hermano mayor de D. Fernando Ixtlilxochitl, y pocas páginas despues hace á este mismo Coanacotzin, consejero principal del rey de México, durante el asedio. Lo cierto es que el jóven caudillo del ejército texcocano fué Don Carlos Ixtlilxochitl, al cual, muerto su hermano Don Fernando Cortés Ixtlilxochitl, despues de la conquista, dió Cortés la investidura del estado de Texcoco. Coanacotzin se mantuvo en la corte de México desde el principio de aquel año hasta la conquista. Fué hecho prisionero con el rey Cuauhtemotzin, y con él ajusticiado tres años ántes despues en Izancanac, cuando los dos viajaban con el general español hácia Comayahua.

Solo faltaba á Cortés para completar su plan de asedio, impedir los socorros que entraban por agua en la ciudad. Para llevar á cabo este designio, retuvo consigo siete bergantines, y envió los otros seis á la parte del lago que estaba entre Tlacopan y Tepeyacac, á fin de que pudieran socerrer fácilmente á Sandoval y Alvarado, cuando estos lo necesitasen, y entre tanto surcasen en diferentes direcciones el lago, tomando todas las barcas que llevasen socorros y tropas á la ciudad.

Hallándose ya Cortés con tan numerosas huestes á su mando, determinó hacer dentro de tres dias una entrada en México. Dió de antemano las órdenes necesarias, y el dia señalado marchó con la mayor parte de su caballería, trescientos peones españoles, siete bergantines, y una multitud innumerable de aliados. Hallaron los fosos abiertos, las trincheras reparadas, y los enemigos bien apercibidos á la defensa: con todo, auxiliados por los bergantines, los sitiadores consiguieron hacerse dueños de todos los fosos y trincheras que habia hasta la plaza mayor de Tenochtitlan. Allí hizo alto el ejército, no permitiendo Cortés que se adelantase, sin dejar allanados todos los pasos dificiles que estaban en su poder; pero miéntras diez mil aliados se empleaban en llenar los fosos, los otros quemaron algunos templos, casas y palacios, entre ellos el del rey Axayacatl, donde ya habian tenido los españoles sus cuarteles, y la célebre casa de pájaros de Moteuczoma. Hechas estas hostilidades, á duras penas y con gran peligro, por los esfuerzos que hacian los sitiados para estorbarlas, mandó Cortés tocar la retirada, que se ejecutó felizmente, aunque los enemigos no cesaron de molestar la retaguardia. Lo mismo hicieron por sus lados respectivos Alvarado y Sandoval. Esta jornada fué muy fatigosa para los españoles y sus aliados; pero de indecible afliccion para los Mexicanos, no solo por la pérdida de tantos bellos edificios, sino tambien por la befa con que los insultaban sus mismos vasallos confederados con los españoles, y los Tlaxcaltecas, sus mortales enemigos, los

cuales les enseñaban los brazos y las piernas de los Mexicanos que habian matado, dándoles á entender que las cenarian aquella noche, como en efecto lo hicieron.

NUEVAS ENTRADAS EN LA CAPITAL.

Al dia siguiente, muy temprano, para no dar tiempo á que los enemigos reparasen el daño del anterior, salió Cortés de su campo con el designio de continuar las operaciones; pero á pesar de su diligencia, los Mexicanos habian erigido de nuevo las fortificaciones arruinadas, y las defendieron con tal obstinacion, que no pudieron tomarlas los sitiadores, sino despues de combatir furiosamente por espacio de cinco horas. Adelantóse el ejército, y ganó dos fosos del camino de Tlacopan; pero aproximándose la noche, se retiró al campamento, sin cesar de pelear con las tropas que le seguian el alcance. Sandoval y Alvarado sostenian otros combates, debiendo los sitiados hacer frente al mismo tiempo á tres ejércitos numerosos, que tenian en su favor las ventajas de las armas, de los caballos, de los bergantines y de la disciplina militar. Alvarado por su parte habia ya arruinado todas las casas que estaban á uno y otro lado del camino de Tlacopan (1); pues la poblacion de la capital continuaba por aquella parte hasta el continente, como aseguran Cortés y Bernal Diaz.

Cortés hubiera querido evitar á sus tropas la gran fatiga de repetir diariamente los combates para apoderarse de los mismos fosos y trincheras; pero no podia guarnecer los que tomaba, sin esponerse á sacrificar las guarniciones al furor de los enemigos, ni queria acampar dentro de la ciudad, como se lo aconsejaban algunos de sus capitanes, pues ademas de los continuos ataques que podrian darle de noche, no le era fácil desde allí impedir los socorros que se dirigiesen á la ciudad, como podia hacerlo en la posicion de Xoloc.

CONFEDERACION DE ALGUNAS CIUDADES DEL LAGO CON LOS ESPAÑOLES.

Miéntras iban careciendo los sitiados de los auxilios de tierra firme, se aumentaban los de los sitiadores, los cuales recibieron á la sazon uno que les era tan ventajoso, como perjudicial á sus enemigos. Los habitantes de las ciudades situadas en las orillas y en las islas del lago de Chalco, habian sido hasta entónces opuestos á los españoles, y hubieran podido hacer mucho daño al campo de Cortés, atacándolo por una parte del camino, miéntras los Mexicanos lo hacian por la otra; mas se habian abstenido de toda hostilidad, reservándose quizás para ocasion mas oportuna. Los Chalqueses y otros aliados, á quienes no convenia la proximidad de tantos enemigos, procuraron atraerlos á su partido, ya con promesas, ya con amenazas y con vejaciones; y tanto pudo su importunidad, y el temor de la venganza de los españoles, que al fin se presentaron en el campamento de Cortés, ofreciendo confederacion y alianza, los nobles de Iztapalapan, Mexicaltzinco, Colhuacan, Huitzilopochco, Mizquic y Cuitlahuac, ciudades que ocupaban una parte considerable del valle. Alegróse estraordinariamente Cortés de este suceso, y pidió á sus nuevos aliados, no solo que lo ayudasen con tropas y con barcos, sino que trasportasen materiales para fabricar chozas en el camino; pues siendo aquella la estacion de las lluvias, padecia mucho su gente por falta de abrigo.

Todo esto se ejecutó con tanta puntualidad, que inmediatamente pusieron á las órdenes de Cortés un cuerpo considerable de tropas, cuyo número no se dice, y tres mil barcas para ayudar á los bergantines en sus correrías. En estas barcas llevaron los materiales necesarios para las chozas, en que pudieron alojarse cómodamente todos los españoles, y dos mil indios empleados en su

[1] Estas casas no estabán construidas en el mismo camino, sino cerca de él, en unas isletas que habia por una y otra parte. No sabemos que hubiese en el camino otro edificio que un templo, situado en una de las placetas que formaba. Alvarado lo tomó, y mantuvo en él una guarnicion casi todo el tiempo del asedio.

servicio; pues el grueso de las tropas aliadas estaba acampado en Coyohuacan, á cuatro millas de Xoloc. No contentos con tan importantes servicios, llevaron al campamento muchos víveres, y especialmente pescado y cerezas en gran cantidad.

Cortés, á quien daban mayor estímulo estas nuevas fuerzas que se le habian agregado, entró con ellas dos dias seguidos en la capital, haciendo un estrago considerable en los habitantes. Persuadíase que estos cederian al escesivo número de enemigos que los rodeaban, y esperimentando los perniciosos efectos de su tenaz resistencia; pero se engañó en su esperanza, pues los Mexicanos estaban resueltos á perder la vida ántes que la libertad. Determinó, pues, continuar sus entradas, para obligarlos con incesantes hostilidades á pedir la paz que habian rehusado hasta entónces. Dividió su marina en dos escuadras, compuesta cada una de tres bergantines y mil quinientas barcas, mandándoles que se aproximasen á la ciudad, pegasen fuego á las casas, é hiciesen á los sitiados todo el daño posible. Dió órden á Sandoval y á Alvarado que ejecutasen lo mismo por los puntos que ocupaban, y él, con todos sus españoles y con ochenta mil aliados, segun parece (1), marchó, como solia, por el camino de Iztapalapan hácia México, sin poder conseguir en esta ni en las otras entradas de aquellos dias, mas ventajas, que ir disminuyendo poco á poco el número de enemigos, arruinar algunos templos, é internarse algo mas, para ponerse en comunicacion con Alvarado, si bien no le fué posible obtenerlo por entónces.

OPERACIONES DE ALVARADO Y PROEZAS DE TZILACATZIN.

Alvarado, con sus tropas ayudadas por los bergantines, habia tomado un templo que estaba en una placeta del camino de Tlacopan, en el que mantuvo guarnicion desde entónces, á pesar de los violentos asaltos de los Mexicanos. Tambien se habia apoderado de algunos fosos y trincheras, y sabiendo que la mayor fuerza contraria estaba en Tlatelolco, donde residia el rey Cuauhtemotzin, y donde se habia recobrado infinita gente de Tenochtitlan, enderezó hácia aquella parte sus operaciones; mas aunque peleó con todas sus fuerzas por tierra y por agua, no pudo llegar hasta donde quiso, por la intrépida resistencia de los sitiados. En estos combates pereció mucha gente de una y otra parte. En uno de los primeros encuentros se dejó ver un membrudo y animoso Tlaltelolco, disfrazado de Otomite, con un Ichcahuepilli, ó coraza de algodon, y sin mas armas que un escudo y tres piedras, y corriendo velocísimamente hácia los sitiadores, arrojó sucesivamente las tres piedras, con tanta destreza y vigor, que abatió un español con cada una, causando no ménos indignacion á los españoles, que miedo y admiracion á los aliados. Se emplearon muchos arbitrios para haberlo á las manos; pero no fué posible, porque en cada combate se presentaba con un vestido diferente, y en todos hacia gran daño á los sitiadores, teniendo ademas tanta velocidad en los piés para huir, como fuerza en los brazos para ofender. El nombre de este célebre Tlaltelolco era Tzilacatzin.

Ensoberbecido Alvarado por algunas ventajas que habia conseguido sobre los Mexicanos, quiso un dia internarse hasta la plaza del mercado. Ya habia tomado algunos fosos y trincheras, uno, entre aquellos, que tenia cincuenta piés de ancho y siete de profundidad, y olvidado de mandarlo llenar, como lo habia mandado Cortés, siguió adelante con cuarenta ó cincuenta españoles, y algunos aliados. Los Mexicanos, conociendo su descuido, cayeron sobre ellos, los derrotaron y obligaron á huir, y al pasar el foso les mataron muchos aliados, y cogieron cuatro españoles, que inmediatamente fueron sacrificados á vista de Alvarado y los

(1) Conjeturo que las tropas aliadas, que acompañaron á Cortés en esta entrada, eran 80,000 hombres, porque él mismo afirma que aquel dia tenia 100,000 en su campamento, de los cuales 20,000 á 22,000 se emplearian probablemente en los barcos.

suyos, en el templo mayor de Tlaltelolco. Mucho sintió Cortés esta desgracia, que debia aumentar el vigor y el orgullo de los enemigos, y sin perder tiempo pasó á Tlacopan, con intencion de reprender severamente á Alvarado por su temeridad y desobediencia; pero informado del valor con que se habia conducido en aquella jornada, y de que habia tomado los puestos mas difíciles, se contentó con una benigna admonicion, repitiendo sus órdenes sobre el modo en que deberian hacerse las entradas.

TRAICION DE LOS XOCHIMILCOS Y DE OTROS PUEBLOS.

Las tropas de Xochimilco, de Cuitlahuac y de otras ciudades del lago, que estaban en el campamento de Cortés, queriendo aprovecharse de la ocasion que les ofrecian las continuas entradas de los españoles para saquear las casas de México, se sirvieron de una abominable perfidia. Enviaren una secreta embajada al rey Cuautemotzin, protestándole su invariable fidelidad, y quejándose de los españoles, porque los forzaban á tomar las armas contra su señor natural, y añadiendo que en su primera entrada querian unirse á los Mexicanos contra aquellos enemigos de su patria, para darles muerte á todos, y preservarse de una vez de tanta calamidad. Alabó el rey su intento, y les señaló los puestos que debian ocupar, preguntándoles al mismo tiempo la recompensa que querian por su lealtad y afecto. Entraron aquellos traidores, como solian, á la ciudad, y fingiendo al principio volverse contra los españoles, empezaron á saquear las casas de los Mexicanos, matando á cuantos se les oponian, y haciendo prisioneras á las mugeres y á los niños. Conocieron su perfidia los Mexicanos, y los atacaron con tanta furia, que casi todos los culpados pagaron su maldad con la vida. Los que no murieron en el conflicto, fueron inmediatamente sacrificados por órden del rey. Esta traicion parece no haber sido planteada ni puesta en ejecucion, sino por una parte del populacho de aquella ciudad, gente mal nacida, y dispuesta siempre á cometer toda clase de delitos.

VICTORIA DE LOS MEXICANOS.

Durante veinte dias no habian cesado los españoles de hacer entradas en la ciudad, de cuyas resultas, algunos capitanes y soldados, cansados de tantos combates infructuosos, se quejaron al general, y le rogaron que aventurase todas las grandes fuerzas, que á sus órdenes tenia, y diese un golpe decisivo, que los sacase de una vez de tanto peligro y cansancio. El designio de estos era internarse hasta el centro de Tlaltelolco, donde habian reunido sus fuerzas los Mexicanos, para arruinarlos en una accion, ó al ménos inducirlos á rendirse. Cortés, que conocia cuan arriesgada era aquella empresa, procuraba disuadirlos de ella, con las razones mas eficaces; mas no pudiendo conseguirlo, ni pudiendo ya oponerse á una opinion que habia llegado á ser general en el ejército, tuvo que ceder á sus importunas instancias. Ordenó al comandante Sandoval que con ciento quince peones y diez caballos, fuese á unirse con Alvarado; que emboscase su caballería, y levantase el campo, fingiendo retirarse y abandonar el asedio de la ciudad, á fin de que, empeñados los Mexicanos en seguirlo, pudiera él atacarlos con la caballería por retaguardia; que con seis bergantines procurase tomar el gran foso en que fué vencido Alvarado, haciéndolo llenar y apisonar; que no diese un paso adelante, sin dejar bien preparado el camino para la retirada, y que hiciese todos los esfuerzos posibles para entrar de mano armada en la plaza del mercado.

El dia señalado para el ataque general marchó Cortés con veinticinco caballos, toda su infantería y mas de cien mil aliados. Flanqueaban su ejército, por una y otra parte del camino, los bergantines y mas de tres mil barcas auxiliares. Entró sin oposicion en el pueblo, y dividió su ejército en tres trozos, para que por otros tantos caminos llegasen al mismo tiempo á la plaza del mercado. El mando de la primera division

se dió á Julian de Alderete, tesorero del rey, que era el que con mayor empeño habia importunado á Cortés para emprender aquella espedicion; y este le mandó encaminarse por la calle principal y mas ancha, con sesenta peones españoles, siete caballos y veinte mil aliados. De las otras dos calles que conducian desde el camino de Tlacopan á la plaza del mercado, la ménos estrecha se señaló á los capitanes Andres de Tapia y Jorge de Alvarado, hermano de Pedro, con ochenta peones españoles y mas de diez mil aliados; y de la mas estrecha y difícil se encargó el mismo Cortés, con cien peones españoles y con el grueso de las tropas auxiliares, dejando á la entrada de cada calle el resto de la caballería y los cañones. Entraron todos á un tiempo peleando con valor. Los Mexicanos hicieron al principio alguna resistencia; pero fingiendo despues acobardarse, se retiraron y abandonaron los fosos á los españoles, á fin de que estos, atraidos por la esperanza de la victoria, se aventurasen á los peligros que los aguardaban. Algunos españoles llegaron á las calles mas próximas á la plaza, dejando incautamente detras un ancho foso abierto, y cuando con mas ardor procuraban entrar á porfia en la misma plaza, oyeron el formidable sonido de la corneta del dios Painalton, que solo se tocaba por los sacerdotes, en caso de urgencia pública, para escitar al pueblo á tomar las armas. Acudieron inmediatamente tan numerosas tropas mexicanas, y embistieron con tanta furia á los españoles y aliados, que los desordenaron y obligaron á volver atras hasta el foso. Este parecia fácil de pasar, por estar lleno de ramazon y de otros objetos de poco peso, y al poner el pié en aquella engañosa superficie, se hundieron todos los que lo intentaron, agravando el mal la violencia del tropel que se agolpaba (1). Allí fué el mayor apuro de los fugitivos, pues no pudiendo pasar á nado y defenderse al mismo tiempo, morian á manos de los Mexicanos, ó quedaban en su poder. Cortés, que con la diligencia propia de un general, habia acudido al peligro, cuando vió llegar las tropas aterradas, procuró detenerlas con sus gritos y exhortaciones, á fin de que su desórden no facilitase los estragos que estaban haciendo los enemigos. ¿Pero qué voces bastan á contener la fuga de una multitud desbaratada, especialmente cuando el terror la aguijonea? Atravesado del mas vivo dolor por la pérdida de los suyos, y no haciendo caso de su propio peligro, el general se acercó al foso para salvar á los que pudiera. Algunos salian desarmados, otros heridos, y otros casi ahogados. Procuró ponerlos en órden, y encaminarlos al campo, quedando él detras con doce ó veinte hombres, para guardarles las espaldas; pero apénas empezó la marcha, cuando él mismo se halló en un paso estrecho rodeado de enemigos. Aquel dia hubiera sido el último de su vida, á pesar del estraordinario brio con que se defendió, y con su vida se hubiera perdido la esperanza de la conquista de México, si los Mexicanos, en vez de darle muerte, como pudieron hacerlo fácilmente, no se hubieran empeñado en cogerlo vivo para honrar con tan ilustre víctima á sus dioses. Ya estaba en su poder, y ya lo conducian al sacrificio, cuando noticiosa su gente de aquel suceso, acudió con la mayor prontitud á libertarlo. Debió Cortés, principalmente, la vida y la libertad, á un soldado de su guardia, llamado Cristobal de Olea, hombre de gran valor, y de singular destreza en las armas (1), el cual en otra ocasion lo habia preservado de un peligro semejante, y en aquella lo salvó á costa de su propia vida, cortando de un

[1] Solis dice que este foso estaba fuera de la ciudad, y que al salir de él los españoles, fueron atacados por los Mexicanos; mas este es un error manifiesto, pues nos consta por el dicho de Cortés y de otros historiadores, que estaba entre el camino principal de Tlacopan y la plaza del mercado, y que para regresar los españoles á su campo tuvieren que atravesar la mayor parte de la ciudad.

(1) Bernal Diaz alaba en muchos lugares de su Historia el valor de Olea, cuya muerte fué muy sentida por el general y por los soldados.